

Aricó, José: **La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina.** Introducción de J.C. Portantiero. Buenos Aires, Sudamericana, 1999, 202 p.

José Aricó (1931-1991) nació en Córdoba, Argentina. Fue un destacado intelectual y profesor universitario. En su juventud militó en el partido comunista. Fue el fundador de la revista *Pasado y Presente* y director de la colección "Cuadernos" de dicha revista; director de la Biblioteca Pensamiento Socialista, donde editó la obra de Marx *Elementos para una Crítica de la Economía Política*. Vivió seis años en el exilio en la ciudad de México, desde 1976. Allí prosiguió su labor editorial y se inició como historiador de las ideas, publicando su obra *Marx y América Latina*. En 1978 publicó *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. En 1981 escribió *La hipótesis de Justo*; y en 1988 *La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina*.

El libro recupera dos ensayos que José Aricó escribiera como parte de un proyecto más amplio orientado hacia el análisis de las condiciones de recepción del discurso socialista en América Latina. El primero - "La hipótesis de Justo"- fue escrito en 1981 y obtuvo una Mención Especial en el Premio Internacional de Historia "José Luis Romero". El segundo ensayo - "Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano" apareció en 1978 como introducción a una compilación publicada bajo el mismo nombre en la colección "Cuadernos" de "Pasado y Presente".

La edición que nos ocupa pertenece a la Colección Historia y Cultura dirigida por Luis Alberto Romero y ofrece una introducción a cargo de Juan Carlos Portantiero - "José Aricó: las desventuras del marxismo latinoamericano". En ella Portantiero sostiene que pocos, y quizás ninguno en América Latina, conocieron tan profundamente el pensamiento de Marx como Aricó. Afirma también que una de las grandes obsesiones de Aricó como historiador de las ideas fue investigar las razones del desencuentro secular entre el socialismo y América Latina. Señala que el autor descarta la posibilidad de hallar la respuesta a esta cuestión en el carácter europeocéntrico del pensamiento socialista, ya que esto representaría una simplificación excesiva.

La estructura del ensayo "La hipótesis de Justo" - al que específica mente nos abocaremos en esta reseña- está conformada por, Introducción, Primera y Segunda Parte. Como introducción, Aricó plantea que en el intento de reconstruir las características distintivas del socialismo en América Latina, la primer dificultad gira en torno al propio campo geográfico presupuesto en el análisis. Indaga sobre la posibilidad de la identidad latinoamericana como constituyente de un complejo social único. Tras examinar la contraposición existente entre una civilización, una lengua, una religión y un pasado comunes, y las singularidades históricas y sociológicas de cada uno de los países que conforman el continente, deriva en la necesidad de considerar la problemática categoría de "América Latina" como una realidad no preconstituida sino en formación. Aricó afirma que existe una innegable imposibilidad de definir con nitidez la condición "latinoamericana" de nuestros pueblos. Esta realidad tiene profundas implicaciones en relación con el marxismo no sólo sobre su difusión en un contexto histórico tan diferente de aquel en el que fuera concebido, sino también sobre el carácter que adoptó en algunas tentativas de recomposición teórica y política. Aricó sostiene que el problema de América Latina surge por lo que él llama su "ubicación anómala": en un mundo dividido y polarizado, su condición no es periférica ni central. Diversos factores le alejan de una identificación con lo que la Tercera Internacional llamó "países coloniales y semicoloniales". Se diferencia netamente del mundo asiático y africano, asemejando, por otra parte, al europeo. En consecuencia, se adopta la consideración de América Latina sumergida en una atipicidad transitoria, formando sus sociedades una realidad destinada inexorablemente a devenir en Europa. La extendida opinión de atribuir las causas de la suerte que corrió el

socialismo en la región a la insuperable pretensión "europeísta" de esta doctrina, supone desconocer que el pensamiento europeo fue en América Latina un presupuesto universal reconocido por todos para sistematizar de manera racional cualquier tipo de reflexión sobre su naturaleza y sus características definitorias. En consecuencia, el camino recorrido por el marxismo local deja de verse como el resultado *necesario* de las dificultades insuperables de una ideología congénitamente inadecuada para pensar una realidad *excéntrica*, y comienza a percibirse como el indicador de las limitaciones de ese movimiento real representado por las clases trabajadoras en procesos de constitución desde fines del siglo XIX. La visión tan extendida entre algunas corrientes marxistas de una determinación *socialista* de la clase obrera, tropezó con una realidad que la contradecía y que, por lo tanto, no podía dejar de cuestionar los presupuestos sobre los que dicha visión se fundaba. Mientras en Europa, socialismo y movimiento obrero son dos aspectos de una misma realidad, en América Latina constituyen dos historias paralelas que en la mayoría de los casos se mantuvieron ajenas y hasta opuestas entre sí. Finalmente, Aricó indica que el objetivo del ensayo es analizar la forma teórica del marxismo latinoamericano en la experiencia concreta del primer intento por establecer una relación políticamente productiva entre teoría y movimiento social.

En la primera parte del ensayo Aricó analiza los "obstáculos para la difusión del marxismo". Indica que en América Latina se produjo, por un lado, una superposición del capitalismo sobre formas preexistentes imposibilitando la existencia de un modo de producción dominante. Esta situación derivó en que la mano de obra libre y asalariada careciera de tipicidad y generalización suficientes para movilizarse hacia una lucha de clases organizada. Por otra parte, la introducción masiva de fuerza de trabajo extranjera realizada en un período relativamente breve contribuyó a agravar el radical dislocamiento económico y social evidenciado en toda la sociedad latinoamericana. El gigantesco esfuerzo de "europeización" de toda la región fracturó las sociedades nacionales en zonas de "modernidad" y "atraso", convirtiéndose en un continente de disgregación social que exacerbaba las tensiones, desarticulaba las relaciones sociales tradicionales y postergaba la transformación de una sociedad esta mental en una sociedad de clases. Esta situación acarrió importantes consecuencias sobre el tipo de socialismo y sobre sus áreas geográficas de difusión. En primer lugar, el naciente proletariado tenía fuertes

limitaciones estructurales para constituirse por sí mismo en una clase obrera capaz de unificar todos los antagonismos aflorados por el capitalismo, generando una inevitable acentuación de las características cosmopolitas de la clase obrera naciente y una peligrosa fragmentación del movimiento social representada por la fractura inicial entre masas populares rurales y proletariado. En segundo lugar, el socialismo moderno también encontraba difíciles obstáculos para su difusión en un continente de esperanzas mesiánicas, de mitos y milenarismos que signaron la lucha de clases subalternas contra la disgregación social y la opresión capitalista.

Aricó atribuye las "causas de la capacidad expansiva del anarquismo" en Latinoamérica a una diversidad de razones que considera aún no suficientemente estudiadas. Pueden resumirse en la profunda fascinación que las doctrinas libertarias ejercieron en un continente de humillados y oprimidos, de trabajadores aislados de la sociedad global, sujetos a un sistema político y un régimen de propiedad que los llevaba a considerar las instituciones democráticas como ajenas a sus intereses y sentimientos. El anarquismo fue más la expresión de un subversivismo espontáneo de las masas populares que la búsqueda de una resolución positiva de la "cuestión social". Aricó detecta dos variantes del anarquismo en América Latina: individualista primero y sindicalista después. Ambos alcanzaron difusión merced al atractivo que ejerció sobre la intelectualidad pequeño burguesa. Por otra parte, si bien el anarquismo latinoamericano no puede reputarse de original en su aspecto teórico, su mérito práctico fue haber intentado con éxito organizar a los trabajadores a partir de sus características intrínsecas. Basado en el apoliticismo natural de las clases subalternas, el anarquismo logró mayor receptividad que las doctrinas socialistas.

Seguidamente, Aricó analiza el socialismo en relación con el "cosmopolitismo obrero". Sostiene que el socialismo de matriz marxista fue la expresión ideológica y política de las clases trabajadoras urbanas de origen migratorio. Como tal, se enfrentó a las corrientes democráticas, radicales y anarco-sindicalistas en una disputa que tuvo resultados desiguales. En países con claro predominio de esas corrientes (como México, Brasil y Perú) la difusión de aquel socialismo se vio bloqueada casi por completo cuando menos hasta los años veinte. En cambio, aquellos países que habían experimentado una cierta liberalización de su sistema

político (como Argentina, Uruguay y Chile) anarquismo y socialismo coexistieron durante largo tiempo. Aricó señala que los socialistas que a fines del siglo XIX se definían como marxistas, conocían muy poco de las doctrinas marxistas: la mayor parte de estas obras eran conocidas a través de divulgadores y, si bien en 1898 Juan Bautista Justo tradujo el primer tomo de *El Capital* para una editorial madrileña, lo cierto es según Aricó- que esta obra fue más reverenciada que leída, excepto por el propio Justo. Finalmente, el autor enfatiza que los socialistas contribuyeron a la constitución de la clase trabajadora ya la formación de un conjunto de instrumentos de vida democrática colectiva como sindicatos, sociedades de socorros mutuos, cooperativas. Sin embargo, no supieron dar a dicha clase una organización de combate verdaderamente transformadora. No disponían de una teoría revolucionaria ni tenían la convicción de que existiera la posibilidad de lograr transformaciones socialistas en un futuro previsible. Colocados fuera de una perspectiva de poder, apostaron simplemente a la democratización de la vida ciudadana ya la organización de las clases populares.

Aricó se ocupa luego de los "socialistas europeos y la revolución democrática latinoamericana". Afirma que hasta la Primera Guerra Mundial la experiencia alemana fue la expresión más acabada y paradigmática de una teoría y de una práctica marxistas para todas las formaciones socialistas europeas. Otras experiencias como la francesa, italiana y española, eran interpretadas como desarrollos de aquel modelo, no como invalidaciones del mismo. Aricó se plantea si el alemán fue también un modelo indiscutido para los socialistas latinoamericanos. Recuerda que el socialismo europeo hegemónico presentó sus primeras tentativas efectivas de ampliación al mundo no europeo de las categorías analíticas fundamentales de la doctrina de Marx sólo a partir de la aparición del movimiento comunista. América Latina, por su parte, tenía muchos elementos para cuestionar la generalización del valor explicativo y proyectivo de la doctrina marxiana, lo que generó un implícito problema teórico que el propio Marx intentó abordar sin llegar a resolverlo, en un esfuerzo del que la Segunda Internacional jamás se hizo eco. Fruto de esta omisión fue la adopción de un principio profundamente arraigado en la socialdemocracia europea: la descalificación del mundo rural y del campesinado identificados con el "primitivismo" y la "barbarie". Esta despreocupación del socialismo europeo por la singularidad latinoamericana derivó en consecuencias negativas para el desarrollo del marxismo. Por otra par

te, el cuestionamiento marxiano de la validez universal del modelo europeo, sí llevó tanto a la revalorización de la comuna rusa como al "redescubrimiento" de Norte América como fuente reveladora de los secretos del modo capitalista de producción y acumulación, y donde además se daba como paradoja la ausencia de una clase obrera organizada. Si el portentoso avance de la sociedad burguesa no llevaba necesariamente al crecimiento del socialismo en Norte América, ¿hasta qué punto era válido atribuir al atraso sus dificultades de expansión en América Latina? Para Aricó estos hechos revelan que paradigmas teóricos del marxismo pecan de determinismos y simplismos, graves errores en un mundo de diversidad.

La segunda parte del ensayo se abre con el capítulo "Movimiento real versus doctrinarismo programático". El autor sostiene que América presenta una situación anómala que la conciencia radical europea atribuye a la presencia de inmensos territorios libres, con su consecuente escasez de brazos, extrema movilidad social y ausencia de una conciencia intelectual de la clase trabajadora. Marx y Engels se esforzaron por adecuar su teoría a estas particularidades, sin éxito. El autor centra luego la atención en un pensador socialista argentino que, sin tener posibilidad alguna de conocer aquellas reflexiones marxianas, trató de construir un movimiento socialista desde la misma preocupación que encarara Marx. Juan Bautista Justo formuló una propuesta de socialismo en Argentina que partía del explícito rechazo de un modelo a imitar. Dedicó su vida al propósito de crear un movimiento social de definido carácter socialista y un cuerpo de ideas que se constituyeran en una guía certera para el logro del objetivo final de la sociedad socialista. Para ello trató de mantener una relación crítica con la doctrina de Marx, concibiéndose a sí mismo no como marxista sino como un socialista que encontraba en Marx, al igual que en otros pensadores, un conjunto de ideas y propuestas de utilidad. Para Aricó, Justo concebía al socialismo como un resultado inevitable del avance de la cultura política y de la democratización de las instituciones. Lo describía como un incontenible movimiento emergente de la modernidad de la sociedad argentina pero con fuertes raíces que lo unen a todas las tradiciones de lucha de las clases explotadas del país y del mundo.

En el apartado "Nacionalización de las masas y democracia social", los componentes del ideario socialista de Justo son analizados por el

autor a fin de perfilar la hipótesis que sustenta. En primer lugar, señala que en su pensamiento se percibe la imagen de un movimiento de clase capaz de superar sus limitaciones de origen, apoyado en la experiencia mundial y guiado por la ciencia, donde empezar tarde se convierte en una virtud. En segundo lugar, sostiene que en todo el razonamiento de Justo hay augurios de un rápido crecimiento del movimiento socialista basados en la facilidad con la que el país había entrado en la vorágine modernizadora. En tercer lugar, Aricó afirma que Justo pertenece a la ideología "proyectual" fuertemente consolidada en las clases dirigentes, con la particularidad de haber precisado y defendido un nuevo sujeto social y del papel que a la acción política socialista se asignaba como única fuerza orgánica capaz de realizar la verdadera república. Su prédica refleja continuidad con la propuesta de Sarmiento de una dilatación del control de la sociedad sobre el estado a través de una democratización del sistema representativo. Justo representaría el punto de inflexión en el que el ideal democrático se transforma en socialista al incorporar como elemento decisivo de la regeneración social a las masas trabajadoras en su conjunto. El socialismo de Justo hunde sus raíces en el pasado histórico nacional al transformarse en la expresión ideológica, organizativa y política de una voluntad de regeneración social y se presenta ante el país como la única fuerza política en condiciones de transformar la estructura económica y social argentina y de imponer un estado moderno, democrático, laico y revolucionario - en el sentido de una evolución progresiva: desconociendo por tanto el carácter profundamente disruptivo y discontinuo de la revolución socialista.

Aricó continúa analizando la "hegemonía obrera y organicidad de la nación". Se propone refutar la calificación del pensamiento de Justo como un reformismo de matriz bernsteniana. Discute este carácter en parte porque Bernstein era marxista y Justo nunca pretendió serlo, pero principalmente porque se inclinaba a rechazar por principio cualquier tipo de ortodoxia teórica. Esto no lo convertía en un revisionista sino en un reformista que privilegiaba las tareas cotidianas y la evolución gradual, al estilo de Jean Jaurés. El autor expresa sorpresa al descubrir que los estudiosos de Justo no reparan en todo lo que lo aproximaba al dirigente francés, dejándose en cambio obnubilar por las falsas y exteriores semejanzas que creen encontrar con Bernstein. Aricó afirma con el biógrafo de Justo, Luis Pan, que la relación que puede establecerse entre la aparición del revisionismo bernsteniano y la creación del socialismo ar

gentino es de "contemporaneidad" antes que de "derivación". En cambio, numerosos aspectos de la doctrina de Justo coinciden con el pensamiento de Jean Jaurés: su visión de la historia de las sociedades humanas; el papel transformador de las masas cuando están guiadas por un ideal de transformación; la concepción de la lucha de clases como un drama necesario que la humanidad debe atravesar para que una nueva sociedad pueda abrirse paso; la concepción del socialismo como un cuerpo de pensamientos apto para descubrir las formas nuevas que su ideal debe adquirir en cada sociedad nacional concreta, alejándose en consecuencia de la teoría marxista; la necesidad de un Partido Socialista comprometido en la actividad política, de modo de aparecer ante toda la sociedad como una fuerza capaz de dirigirla. Aricó remite a los discursos pronunciados por el dirigente francés en su visita a la República Argentina - 1911- como una sugestiva fuente de similitudes con el pensamiento de Justo. Afirma que el punto de mayor efectividad de la estrategia de Justo radica en su rechazo de la intransigencia y en el esfuerzo por lograr una inserción concreta del proletariado en la lucha política, presupuestos ambos de su acción doctrinaria y política, que hicieron de él uno de los dirigentes socialistas más respetados en América Latina y en la propia Internacional. Sin embargo, su estrategia también tuvo limitaciones. La visible ausencia en su programa de una estrategia de poder conducía irremediablemente a encerrar la lucha obrera en el marco de una pura acción defensiva, lo que limitaba en el socialismo argentino la posibilidad de destruir o neutralizar el peso decisivo que tenían en el proletariado las corrientes anarquistas y sindicalistas. Sin un proyecto hegemónico, la autonomía política y organizativa de la clase obrera se transformaba de hecho en su aislamiento corporativo. El autor sostiene que el mérito de Justo radica en su preocupación por la compleja temática de las condiciones nacionales específicas en que debía desplegar su actividad el proletariado argentino y su concepción del socialismo como un proceso de transición a operar en el interior de la sociedad burguesa, en virtud de la capacidad autoorganizadora y de la voluntad de poder en la lucha de masas.

En el capítulo "Las razones de una incompreensión" Aricó se pregunta por qué fracasó el proyecto de Justo a pesar de ser el más coherente y radical plan de democratización de la sociedad argentina; por qué sus propuestas no pudieron imponerse en un país con condiciones supuestamente favorables para ello; por qué no logró movilizar en su favor a

una parte cuando menos mayoritaria del movimiento obrero argentino; por qué, finalmente, no pudo arrancar a las corrientes anarquistas y sindicalistas la dirección de la clase obrera durante las tres primeras décadas del siglo. El objetivo del autor al buscar las limitaciones de una hipótesis de cambio social que se concebía a sí misma como generalizable, es la posibilidad de arrojar elementos útiles para un mejor examen de las características del movimiento socialista latinoamericano. Por una parte, sostiene que lo que Justo pareció no comprender es la complejidad del proceso económico, social y político que señalaba la necesidad de la reforma como instrumento decisivo para la recomposición del Estado. Justo cometió un error de previsión al no percibir que el bloque oligárquico lograría neutralizar el enorme potencial de contestación acumulado en las clases populares argentinas. Y esto, porque la estructura capitalista y dependiente de la economía argentina se vio consolidada por el monopolio de la tierra ejercido por aquella oligarquía terrateniente y por la elevada renta diferencial proveniente de la extrema fertilidad de la llanura pampeana. En lugar de consolidarse una fuerte clase de medianos propietarios rurales - como pretendía Justo -, la expansión del consumo oligárquico hizo que esta clase consiguiera asociar al ciclo expansivo de la renta diferencial a toda una estratificación social diversificada, a través del empleo. Con el ingreso de los trabajadores vinculado a la continuidad del proceso, era lógica su oposición a todo cambio estructural. Por otra parte, Aricó señala que en el ideario de Justo la clave fundamental para modificar la situación técnico - económica era la recomposición del sistema político. La modernización del conflicto social implicaba una reconstitución de la clase política de la que el Partido Socialista constituía de hecho el motor impulsor. En su estrategia no había espacio para fuerzas tan vinculadas -según Justo- al atraso político del país como lo eran el radicalismo y el anarquismo. El Partido Socialista desempañaba la función de las corrientes radicales europeas, democráticas y propugnadoras de reformas sociales. La estrategia de Justo incorporaba una propuesta de profundas reformas estructurales en la propiedad agraria, de lo que se desprendían dos consecuencias importantes: 1) la necesidad de extender organizativa y políticamente la acción socialista al mundo rural, con la consiguiente incorporación de los trabajadores del campo a las filas del partido; 2) una propuesta de bloque social entre trabajadores urbanos y pequeños y medianos productores agrarios. Reconociendo la necesidad de la reforma de estructura como único camino para conquistar un ordenamiento político democrático, lo que Justo

no pudo llegar a comprender es que esto no podía ser logrado sin una transformación radical de la economía y de la política. Sin una estrategia alternativa, el movimiento social perdió su potencialidad en la práctica de una institución política cada vez más inclinada a la acción parlamentaria. En Justo, el parlamentarismo fue el resultado inevitable de los límites de su propuesta antes que una convicción. Aceptando de hecho el parlamento como sede central de la dilucidación del conflicto, menospreciaron y ridiculizaron a anarquistas y radicales. Rechazando las manifestaciones inorgánicas de las masas populares y privilegiando ciertas instituciones frente a otras, contribuyeron a alimentar al doctrinarismo connatural de las formaciones socialistas. Paralelamente, la responsabilidad política del partido por la creación y ampliación de los organismos sindicales se diluyó cada vez más, con la consecuente ausencia de hombres salidos de la clase obrera entre los referentes del partido. Como consecuencia de estos procesos, se profundizaba el aislamiento del Partido Socialista frente al movimiento democrático y obrero. Aricó propone rastrear los límites últimos de una hipótesis condenada a la esterilidad política en la idea de transparencia que impregna el pensamiento de Justo. Dicha esterilidad estaría signada por la colocación de la tarea histórica de la conquista de las masas populares para un proyecto socialista en un terreno prioritariamente "pedagógico". Sostiene Aricó que ni el anarquismo, ni el sindicalismo ni tampoco el radicalismo eran meras concepciones erróneas o fenómenos políticos espurios derivados de la ignorancia de las masas. Eran, en cambio, formas ideológicas de una morfología singular del movimiento obrero. En consecuencia, plantearse una recomposición del movimiento obrero y popular implicaba reformular toda la estrategia global que obligara a la propia clase y a sus formas organizativas a modificarse a sí mismas en el proceso de transformación de sus relaciones con el resto de la sociedad.

Aricó concluye su ensayo señalando que el punto fuerte del razonamiento de Justo reside en el reconocimiento de la *necesidad* y *posibilidad* de la formación de un partido político autónomo de las masas trabajadoras argentinas, separado del resto del movimiento democrático y popular. Le urge superar una visión de secta para fundar en la *acción política* del proletariado el reconocimiento del carácter históricamente necesario del proceso de superación del capitalismo. Del proyecto de democratización económica, social y política de Justo, el autor enumera diversas virtudes, pero también algunas limitaciones. Sostiene finalmen

te que el socialismo que precedió a la crisis argentina de los años treinta fue incapaz de diseñar una estrategia orientada a dilatar en la teoría y en la práctica las funciones de la clase obrera argentina, careciendo Justo de una concepción certera de la funcionalidad "hegemónica" de la clase obrera y de los trabajadores en su conjunto. Aún así, rescata de su pensamiento y de su acción la lucidez e integridad moral con que defendió un proyecto de democratización radical de la sociedad argentina.

Claudia C. Lacoste